

gran cantidad de paralelos en la historia de las religiones para demostrar la presencia y la influencia de un astro en la vida de cada persona. Platón sostiene que a cada estrella se le confía un alma. Plinio refiere, para criticarla, la opinión del hombre común, según la cual cada uno tiene su propia estrella, más luminosa la de los ricos, menos la de los pobres. Este filón interpretativo ya se ha casi agotado, porque se basa en fuentes externas a las que son características de los evangelistas.

Interpretación bíblico-mesiánica. En una dirección completamente distinta se mueven los autores que interpretan la estrella de Mateo como un fruto de la profecía de Balaán en Núm 24,17. Los primeros cristianos, entre los que se encuentran Justino y Orígenes, leyeron esta profecía como la clave interpretativa de Mt 2,1-2. Aunque la propuesta es alentadora, es poco fiable. Notemos que la estrella tiene valor inicial de estímulo: aparece y, después, desaparece. No sería un buen símbolo del Mesías. Finalmente, sería de esperar, al menos, una alusión a dicha profecía de Mateo, que podía disponer de una cita bíblica.

Interpretación astronómica. Muchos autores sostienen el carácter concreto de lo sucedido, pero divergen en la identificación del fenómeno. Para algunos se trataría de una estrella *nueva*, una de esas que brillan con claridad fulgurante y repentina durante un tiempo breve y, después, se apagan. Es la teoría menos creíble, pues difícilmente se explica la reaparición de la estrella (cf v. 9).

En un cometa pensaron Orígenes y Eusebio en la antigüedad y, entre los modernos, M. J. Lagrange, conquistado en 1910 por la fascinación del cometa Halley. La dificultad de esta interpretación es, en primer lugar, de orden astronómico, porque se registró el paso del perihelio de un cometa el 8 de octubre del año 12 a.C., demasiado pronto para ser el de Cristo y, en segundo lugar, de orden cultural, pues el cometa era signo de mala suerte. Así pensaba el pueblo, según refieren los antiguos escritores romanos; no estamos bien informados de si esa mentalidad era compartida por los judíos.

A partir de Képler, se habla de la conjunción de Saturno y Júpiter en la constelación de Piscis, ocurrida el año 7 a.C. La fecha concordaría verosímelmente con la del nacimiento de Cristo. La principal objeción a esta interpretación está en el hecho de que el término griego *astér* indica «estrella» y no «conjunción»; sin embargo, se podría responder que el lenguaje popular de Mateo no hace distinciones sutiles.

48

Esta última hipótesis nos parece aceptable. Más allá de las posibles interpretaciones, no parece tener que excluirse categóricamente la presencia de la estrella, si aceptamos que Dios se sirve también de la naturaleza para comunicarse. El Antiguo Testamento proporciona varios textos en los que los astros mantienen una dependencia directa de Dios y son portadores de un mensaje (cf Sal 8; 19). Podemos pensar en fenómenos naturales especiales, sin ser extraordinarios, que,

leídos por los Magos, recibieron un significado religioso, una especie de «signo de los tiempos» que vale para quien es capaz de leerlo y descifrarlo. El texto de Mateo se presenta lacónico y nada se dice de los conocimientos religiosos de los Magos. Ciertamente, sólo el mensaje astronómico sería insuficiente para motivar el viaje y deben postularse otras razones. Entre ellas, sabemos que la espera de un dominador ideal estaba muy difundida en la antigüedad, como documentan la IV égloga de Virgilio y la inscripción de Priene (del año 9 a.C.), que ensalza a Augusto como «salvador del género humano». En este clima de esperanza se podía introducir fácilmente la espera de un personaje extraordinario que la propaganda judía difundía, también, fuera de Palestina (cf Mt 23,15). Los judíos presentes en Babilonia pueden haber contribuido a esta propaganda y, por tanto, a alimentar una fervorosa espera.

La intención de los Magos es presentarse a Jesús con una actitud de homenaje reverencial, que se expresa con el verbo «adorar». Conociendo el valor religioso que Mateo le atribuye a este término, el texto da a entender que no se trata de una simple visita de cortesía.

La presencia de los Magos en Jerusalén y, más aún, su petición, provocan la consternación del rey Herodes y, con él, de toda Jerusalén (cf v. 3). El verbo griego expresa siempre un sentido de agitación profunda; se trata de miedo provocado por la falta de fe. Es temible la presentación de

Herodes, conocido en la historia como un sanguinario sin escrúpulos, temeroso siempre de perder el poder, que fundaba en el terror. El anuncio del nacimiento del «rey de los judíos» justifica su turbación. Jerusalén está unida a él, aquí personificada (cf Mt 3,5) y presentada de forma hiperbólica («toda Jerusalén»). La mención de la ciudad junto a Herodes es útil para la teología del evangelista, que lee en ello una primera anticipación del rechazo de Jerusalén a su verdadero rey (cf Mt 27,42). Entre líneas se capta el absurdo de un neonato que pone en ebullición a la ciudad y a su rey.

Todo el drama está aquí, entre la disponibilidad de los Magos, que llegarán a una acogida favorable, y la no disponibilidad de Herodes, que quitándose muy pronto la máscara obsequiosa de una bondad de fachada, se mostrará hostil al neonato Jesús. Herodes se convierte en el prototipo de todos los enemigos de Jesús.

El v. 11 representa el vértice de la narración y la conclusión del camino, porque el niño es encontrado y reverenciado. «Vieron al niño con María, su madre». Falta la referencia al padre que, sin embargo, debía de estar presente. No es difícil leer aquí el indicio sutil de una relación única que une a Jesús con su madre, por la concepción sin colaboración humana. De los Magos se dice que «se pusieron de rodillas y lo adoraron». Se realiza el proyecto anunciado en el v. 2 y la misión concluye felizmente.

Los dones de los Magos representan una prolongación y una explicación de la adoración. Nadie se presentaba ante una persona considerada con las manos vacías. El don servía para reconocer y colmar en parte la distancia entre quien ofrecía y quien recibía; en este sentido ha de interpretarse la disposición de Éx 23,15b: «Nadie se presente a mí con las manos vacías». Cuando, además, se consideran los tres dones, notamos su valor intrínseco y simbólico. El oro es el metal precioso, más aún en Palestina, que no tenía minas —Arabia, por ejemplo, era una de las zonas de extracción (cf Sal 72,15)—. El incienso era una resina perfumada con varias plantas. Probablemente no presente en Palestina, es de creer que fuese importado también de Arabia (cf Is 60,6). Era uno de los grandes elementos del culto divino, usado por los sacerdotes (cf Éx 30,34-38), puesto en presencia divina (cf Lev 24,7) y expresión de la oración que se eleva a Dios (cf Sal 141,2). La mirra era otra resina perfumada presente en Arabia y en Etiopía, empleada como perfume (cf Est 2,12), como componente para el santo óleo de la unción y como aroma sepulcral (cf Jn 19,39). Los dones se leen también simbólicamente, bajo la influencia de Is 60,6 y del Sal 72,10.11.15, por primera vez, por Justino Mártir: simbolizan la majestad, la divinidad y la humanidad (muerte) de Jesús.

El versículo conclusivo presenta de nuevo a los Magos y a Herodes, esta vez en clara relación disyuntiva, porque un sueño, una comunicación

divina, advierte a los Magos para que no vuelvan a Herodes. Esta sugerencia se convierte en el manifiesto de condena de la obra de Herodes. El episodio concluye dulcemente con las referencias a la vuelta, al final de una historia de aventuras, pero con final feliz.

Significado teológico

Mateo pone de manifiesto una relación delicada entre el pueblo judío y su Mesías. Las notas iniciales se convertirán en lúgubre sinfonía a lo largo del evangelio, hasta que «los hijos del reino serán echados a las tinieblas» (Mt 8,12), hijos descastados presentes simbólicamente en la parábola de los viñadores homicidas (cf Mt 21,33-34) y, realmente, cuando le contestaron a Pilato: «¡Que lo crucifiquen!».

52

Sin embargo, este fragmento no suena como un lamento fúnebre, sino como un delicadísimo canto a la Providencia, que guía a los Magos al encuentro con Cristo. Ellos son la primicia de la futura promesa de Jesús —«muchos del oriente y del occidente vendrán y se sentarán con Abrahán, Isaac y Jacob en el reino de Dios» (Mt 8,11)— y prenda de la futura misión de la Iglesia: «Id, pues, y haced discípulos míos en todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (Mt 28,19).

El fragmento tiene su centro ideal y teológico